

INTRODUCCIÓN

“Todos los hombres desean por naturaleza saber”.¹ Así comienza uno de los libros fundacionales de la filosofía. Esta convicción preside las conversaciones, tantas veces peripatéticas, y también las clases formales, los seminarios académicos, el apasionado trabajo científico de quienes nos dedicamos a la Universidad. Los cuarenta temas filosóficos que ahora se presentan constituyen una introducción a la filosofía especulativa que sirve de base al auténtico pensamiento crítico.

No se trata de exposiciones acabadas de cada tema, sino de la explicación de algunos conceptos filosóficos fundamentales tal como han cristalizado tras siglos y siglos de enseñanza en la tradición filosófica, especialmente en la que arranca de la síntesis de santo Tomás de Aquino. En rigor, no cabe atribuir estas ideas, así consolidadas, a ningún autor en particular, pues su continua transmisión permite hallarlas, con variaciones múltiples, en diversos tratados y manuales de filosofía, a algunos de los cuales remitimos en la bibliografía. La tradición escolástica ha construido definiciones pedagógicas y útiles a partir de textos de Platón, Aristóteles, san Agustín, santo Tomás de Aquino, etcétera, sin que la formulación cristalizada se halle necesariamente en alguno de ellos. Así, pues, procuro ofrecer, más que un tratamiento erudito y detallado —cosa imposible e innecesaria para una introducción—, una selección de aquellos puntos de la sabiduría clásica que conviene aprender como base de una ulterior discusión racional más profunda. Las asignaturas filosóficas en todas las carreras universitarias se justifican precisamente como un primer contacto de estudiantes jóvenes con las nociones fundamentales de la filosofía. En estos cursos propedéuticos siempre es útil una exposición sucinta de cada asunto para dar paso enseguida a un tiempo de conversación, más desordenada en apariencia, pero igualmente imprescindible. Se trata de cuestiones sobre todo especulativas, puesto que los asuntos éticos, políticos, jurídicos, los de la filosofía práctica en general, se tratan después con rigor sobre la base de unos fundamentos de lógica, metafísica,

¹ *Met.*, I, 1, 980a1.

epistemología, teología natural y antropología, someramente investigados. Un libro como este, que no evade la dureza y la profundidad de la metafísica y de la antropología, como preparación o complemento de una buena formación ética a un nivel universitario, nos parece necesario en cualquier carrera de una universidad abierta a la plenitud de los saberes.

Los profesores universitarios no se atreven, normalmente, a publicar exposiciones elementales. No quieren arriesgar su prestigio científico. Por contrapartida, nos asiste a algunos la convicción de que nuestros estudiantes no leerán jamás las publicaciones especializadas, sobre las que se asienta el reconocimiento académico que cada uno pueda haber merecido de la benevolencia de sus colegas. Mi propia experiencia es bastante triste, por decirlo así: nunca he enseñado en clases el tema de mi tesis doctoral;² nunca he discutido, más allá de cursos especializados, los artículos académicos sobre Kelsen, Hart, Finnis o Rawls, entre otros.³ No lo haré jamás, de acuerdo con este antiguo dicho: *el profesor joven enseña lo que no sabe; el profesor maduro enseña todo lo que sabe; el profesor viejo enseña lo que necesitan los estudiantes*. Yo lo aprendí de mi padre, el más grande universitario que he podido conocer en mi vida, a quien dedico esta obra en señal de reconocimiento y homenaje. Gracias a esa transmisión de la sabiduría acumulada, puedo decir que he quemado etapas, porque, como suele decirse, la juventud se cura con los años. No le temo a enseñar pocas cosas, muy sabidas por los filósofos, poco originales, pero que son las que tantos olvidan y las que un estudiante necesita escuchar alguna vez, para discutir las y analizarlas, para aprenderlas y asimilarlas, o bien, aun si las rechaza, para rehusar estos conceptos elementales con la libertad de quien sabe y ha leído algo y no con la excusa de quien ignora y no ha leído nada.

La experiencia de enseñar verdades antiguas —y pocas: a veces, como se dice, menos es más—, a gentes abiertas al raciocinio y todavía no derrotadas ni por el escepticismo ni por la corrupción, ha sido gozosa *sin interrupciones y sin excepciones*. He visto a centenares de hombres y de mujeres jóvenes adquirir rigor para argumentar, convicción de que la verdad es po-

² Cfr. H.L.A. Hart. *Abogado del positivismo jurídico*, Pamplona, Eunsa, 1997.

³ Por nombrar algunos, cfr. *Poder estatal y libertad religiosa. Fundamentos de su relación* [con Javier Saldaña], México, UNAM, 2001; *Análisis del derecho justo*, México, UNAM, 2005; *La doble cara del liberalismo político. Ensayos críticos sobre el debate contemporáneo*, México, Porrúa-Universidad Panamericana, 2010 [Santiago, Instituto Res Publica, 2016]; “Gains and Losses in Jurisprudence since H. L. A. Hart”, *The American Journal of Jurisprudence* 59, 2 (2014), 111-132; “Principio de proporcionalidad y principio de doble efecto. Una propuesta desde la filosofía del derecho”, *Dikaion*, 24-1 (2015), pp. 117-143.

sible, estructuras mentales sólidas —la mejor preparación para cualquier aprendizaje futuro— y, muy frecuentemente, también un mejoramiento de las virtudes personales, un refuerzo del carácter al que de suyo tiende toda buena filosofía. Hablo a propósito de un *mejoramiento* de las virtudes, porque mis estudiantes han sido habitualmente, en todas las universidades a donde la providencia de Dios ha querido llevarme, notablemente respetuosos, dados al estudio, alegres, idealistas, con la alta aspiración de encontrar un amor noble, deseosos de la verdad aun cuando, a veces, atenazados por la duda en esto o en aquello, solidarios con los pobres y con los ignorantes y, en su mayoría, sin odio ni resentimiento hacia los más ricos y poderosos —no obstante la prédica contraria de ciertas minorías—, inquietos por la vida eterna aun cuando tantas veces como huérfanos, lejos de la Iglesia.

Por eso no temo ahora presentar esta introducción embrionaria al pensamiento crítico, que puede servir para iniciar un diálogo fecundo. Me he convencido de que a muchos otros lectores podrán ayudarles estos conceptos tradicionales, quizá también a alguno de esos abogados o comerciantes que dicen que no están para filosofías. Naturalmente, animo vivamente a quienes piensen que esto es poco, a bucear en la bibliografía.

Primero presentaré diez cuestiones que exigen una opción fundamental: filosofar conscientemente o someterse a lo que han pensado otros (I); en el caso de los abogados —aunque a los dieciocho años ningún estudiante lo es más que en sueños o *en potencia* (cfr. XXII)—, ser un jurista de verdad o un *leguleyo* o tinterillo (II); ir en pos de la verdad, como el filósofo, o usar las técnicas intelectuales solamente para dominar (III); contraponer y separar, absolutizando, los diversos aspectos de la realidad, o mejor distinguir para unir (IV); quedarse en la tecnocracia o subir hasta la sabiduría, sin despreciar las técnicas en su propio ámbito (V); buscar la verdad o dejarse atrapar por el sueño malo del escepticismo (VI); someter los placeres a la razón o al revés (VII); encerrarse en sí mismo o abrirse a los demás (VIII); la gran alternativa entre el idealismo filosófico y el realismo clásico (IX); fingir una neutralidad pseudocientífica o tomar partido con honestidad intelectual por todo lo que se reconoce como bueno, bello, verdadero (X).

Enseguida nos introduciremos en los rudimentos del pensar y del uso de la palabra al servicio de la verdad: una defensa de la lógica como instrumento del pensamiento riguroso (XI), el esquema de la lógica formal (XII), la importancia de la analogía para ser flexibles sin equívocos (XIII), el análisis de los tres actos fundamentales del pensamiento (definir, juzgar y razonar: XIV al XVI), los principios de la retórica (XVII) y una vacuna contra las falacias o sofismas (XVIII). A esas alturas, el lector habrá visto que el mundo

existe y que su mente no es un cúmulo de arbitrariedades: funciona, aunque, a veces, funciona mal. Y que a veces fallemos demuestra que también acertamos, porque, sin el trasfondo del acierto y de la verdad, ¿cómo podemos afirmar que nos hemos equivocado, para rectificar?

Los siguientes capítulos abordan los conceptos fundamentales de las ramas de la filosofía especulativa. En la filosofía de la naturaleza y la metafísica, precisamos la noción filosófica de naturaleza (XIX a XXI) y cómo el cambio visible supone algunas distinciones metafísicas como las de acto y potencia (XXII), materia y forma (XXIII), sustancia y accidentes (XXIV), y nos lleva a descubrir las profundidades del ser con sus varios aspectos trascendentales (XXV), las cuatro causas (XXVI), la gran distinción real entre el ser y la esencia (XXVII) y la convicción fundamental que subyace a toda investigación científica: la inteligibilidad de la naturaleza penetrada por el *logos* (XXVIII). La antropología filosófica o filosofía del hombre comienza por presentar una imagen unitaria del hombre y apunta ya cómo la felicidad —tema propio de la ética— depende de una adecuada antropología (XXIX). Luego se estudia la unidad de alma y cuerpo en la persona humana (XXX), los tres grados de vida —separados en la naturaleza biológica, compendiados en el ser humano— y las potencias correspondientes (XXXI), el conocimiento y las inclinaciones que se siguen de lo conocido (XXXII y XXXIII), la libertad (XXXIV), la inmortalidad demostrada racionalmente (XXXV) y la superioridad esencial del hombre —por su espiritualidad— sobre todo el resto de la creación material, incluidos los simios superiores (XXXVI). Finalmente, a partir del ser natural y de la dignidad del hombre nos remontamos, con los instrumentos metafísicos ya disponibles, a analizar las cuestiones más difíciles de la teología natural (*i.e.*, la metafísica en cuanto referida a la divinidad): el carácter antropológicamente natural y necesario de la religión y del impulso del hombre hacia la divinidad (XXXVII), una somera presentación —ciertamente insuficiente, pero ilustrativa— de las tradicionales pruebas de la existencia de Dios (XXXVIII), un elenco igualmente limitado de las perfecciones divinas que describen su esencia en cuanto pobremente cognoscible por la mente humana (XXXIX) y una reflexión sobre la importancia ética de resolver bien estas cuestiones metafísicas sobre Dios (XL).

Son temas difíciles, que se presentan aquí, para colmo de males, de una manera elemental. Sin embargo, *todos los hombres desean por naturaleza saber*, y hemos de confiar en que los estudiantes jóvenes —también los viejos y algún otro lector— pueden echar sobre sus hombros los conceptos y el bagaje que los sabios antiguos elaboraron para comprender el universo, al hombre y a Dios. Con esos presupuestos metafísicos duros, con la penetrante luz de

la filosofía acumulada en conceptos y raciocinios de validez permanente, nos veremos mejor capacitados para comprender más tarde los problemas y las respuestas de la ética filosófica, y para llevar adelante las discusiones políticas y jurídicas mediante un discurso que supere el sentimentalismo, la ideología, el eslogan irracional.

Este libro procede de mi docencia universitaria. Agradezco a los estudiantes sus aportes, sus preguntas, su paciencia, su crítica constructiva. También recuerdo especialmente la asistencia de los ayudantes de cátedra. Sobre todo agradezco la ayuda posterior de uno de mis colaboradores, Juan Leonardo Lagos, quien ha trabajado codo a codo conmigo en la preparación del manuscrito final: corroborando o buscando citas, corrigiendo erratas, sugiriendo complementos. Les estoy especialmente reconocido a quienes me impulsaron a volver a la Pontificia Universidad Católica de Chile, contratándome como profesor ordinario en la Facultad de Derecho: el decano Roberto Guerrero, el vicedecano Carlos Frontaura, el secretario académico Gabriel Bocksang y el director del Departamento, Gonzalo Rojas. Agradezco especialmente la acogida que ha encontrado esta obra en la prestigiosa editorial de nuestra Pontificia Universidad Católica de Chile, así como a un revisor anónimo que sugirió cómo mejorar algunos capítulos para la versión final.

Por último, debo señalar que algunos frutos de sendas investigaciones recientes dan sustento, aquí y allá, indirectamente, a la docencia universitaria. Tal es el ideal en las universidades clásicas. En este sentido, debo agradecer el apoyo recibido del Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología de Conicyt Chile, a través de diversos proyectos de investigación Fondecyt. Entre estos se halla el actual Proyecto Fondecyt 1130409, que ha permitido organizar seminarios y equipos de trabajo con ayudantes unidos en la reflexión y el estudio en torno a algunos de los temas que sirven de fundamento filosófico para todo pensamiento genuinamente crítico y reflexivo.